

LA CIENCIA Y LOS CIENTÍFICOS SOCIALES EN AMÉRICA LATINA *

Alonso AGUILAR M.

¿Cree usted que los aportes de los científicos sociales de América Latina permitan ya configurar una doctrina para la posible estrategia del desarrollo e independencia económica de nuestros pueblos?

Las contribuciones hechas hasta ahora por quienes trabajan en el campo de las ciencias sociales en América Latina son importantes, y aun abren toda una nueva y prometedora perspectiva a la investigación científica. Nuestros centros académicos y culturales han vivido tradicionalmente, como por lo demás es comprensible en países dependientes y atrasados, a la zaga de las modas y de los cambios más o menos caprichosos que éstas sufrían en los círculos intelectuales de la metrópoli. En vez de crear, de reivindicar y enaltecer lo mejor de cada uno de nuestros pueblos, de poner los pies sobre la tierra y volver una y otra vez a nuestras raíces en busca de la savia que nos permita forjar una cultura auténtica, nos hemos limitado con frecuencia a copiar, a traducir del inglés y del francés, a importar conocimientos ajenos que, sin prejuicio de aprovecharlos en todo aquello que pudiera sernos útil, debimos haber construido nosotros mismos. Hemos olvidado torpemente, a menudo, la advertencia de Martí:

“Conocer es resolver. Conocer el país, y gobernarlo conforme al conocimiento, es el único modo de librarlo de tiranías. La universidad europea ha de ceder a la universidad americana. (Entiéndase bien: “a la universidad americana”, no a la *norteamericana*). La historia de América, de los incas acá, ha de enseñarse al dedillo, aunque no se enseñe la de los arcontes

* Respuestas a un Cuestionario que la Revista *Desarrollo Indoamericano*, de Colombia, hizo circular entre varios economistas y sociólogos latinoamericanos. El presente texto se publica simultáneamente en dicha publicación y en PROBLEMAS DEL DESARROLLO.

de Grecia. Nuestra Grecia es preferible a la Grecia que no es nuestra. Nos es más necesaria. . .”

Por fortuna, empieza a comprenderse que no es trasladando mecánicamente lo que se dice y hace en las universidades extranjeras como podremos conocer y resolver nuestros más graves problemas. Comienza a recorrerse el largo y difícil camino que va de una ciencia social acartonada, formalista, eminentemente subjetiva, acrítica y aun apologética, a una ciencia social que, a través del estudio sistemático y serio de la realidad, intenta descubrir tanto las causas históricas del atraso como el camino de la liberación definitiva.

El haber roto con ciertas posiciones teóricas falsas es un gran paso adelante que no debiéramos menospreciar. La ciencia social de vanguardia es ya un baluarte en la lucha contra el funcionalismo mecanicista, contra el historicismo superficial, contra el subjetivismo arbitrario y voluntarista, el tecnocratismo y la tendencia a construir, a partir de esquemas y modelos cada vez más alejados de la realidad, una teoría general de la sociedad y de su desarrollo, que, haciendo caso omiso del tiempo y el espacio en que se desenvuelve el proceso social, pretende sustituir los avances concretos, si se quiere todavía modestos pero fundamentales de la verdadera ciencia social, por principios inviolables rígidos, supuestamente universales y eternos, que a la postre resultan inaplicables e irrelevantes tanto para cualquier país, en particular, como para el mundo abstracto e inexistente al que intentan referirse.

Pero tan importante como reconocer los avances es tener conciencia de las fallas y limitaciones de los esfuerzos renovadores. El rechazo de los convencionalismos, de las tergiversaciones y verdades a medias de la ciencia social burguesa, si bien indispensable, no basta para abrir una nueva alternativa teórica, y menos aún para trazar una estrategia revolucionaria.

El haber trabajado en los últimos años en busca de una explicación global del subdesarrollo latinoamericano ha sido, sin duda, importante. Nos ha permitido ver a nuestros países en una perspectiva de conjunto, conocer lo que tienen de común y comprender mejor los factores históricos que determinaron su atraso. Parecería que, por fin, empezamos a entender el papel que han jugado el capitalismo y el imperialismo en la generación del subdesarrollo, y las razones por las cuales el sistema nunca pudo desenvolverse, en Latinoamérica, con el vigor y a la manera en que lo hizo en otros países y otras épocas. La convicción de que el capitalismo no es capaz de librar a nuestros pueblos de la explotación y la miseria no es suficiente, sin embargo, para abrir el camino de la emancipación definitiva.

Para transformar la realidad social hay que conocerla a fondo. Para conocerla hay que pasar —como en un proceso de aproximaciones sucesivas— de lo general a lo particular, de la apreciación del

todo y su dinámica global al estudio concreto de sus partes y sus interrelaciones. El rebasar las fronteras nacionales de cada uno de nuestros países fue necesario y útil; mas ahora, provistos de mejor instrumental analítico y de la visión totalizadora de que antes carecíamos, hay que volver al fenómeno nacional y ahondar en él hasta conocer sus entrañas, pues sólo así podrán surgir planteamientos teóricos capaces de promover con éxito el cambio estructural. Sin una teoría o con una teoría social subjetiva no llegaremos lejos. Y la verdad es que en nuestro trabajo hay todavía bastante subjetivismo, falta a menudo un conocimiento más preciso de hechos fundamentales, se tiende a caer en el esquematismo y aun en el dogmatismo; se advierte la influencia negativa de las teorías burguesas, las que en vez de ser sometidas a una crítica sistemática se siguen utilizando en múltiples estudios, y a consecuencia de todo ello resulta imposible comprender la forma en que operan las leyes que rigen el proceso social latinoamericano, y muy difícil actuar sobre las contradicciones en que se expresa, y a la vez, engendra el subdesarrollo.

El genio de Lenin y del movimiento revolucionario por él encabezado consistió en saber aplicar el marxismo a las condiciones rusas, no a las de toda la Europa de su tiempo; del mismo modo que Mao contribuyó decisivamente a forjar una estrategia revolucionaria para China, y no para el Japón, la India u otras naciones de Asia. El trazo de una estrategia sólo es posible a partir de, y frente a una realidad específica cuyo desarrollo sólo puede ser situado correctamente con base en una teoría, y no en apreciaciones fragmentarias y empíricas, o en vagas generalizaciones que sustituyan a la verdadera abstracción científica. Lo que ahora debe hacerse para formular esa teoría es ahondar en el estudio del proceso capitalista en cada país, conocer los factores que han condicionado la acumulación de capital, integrar el estudio de la dependencia a la dinámica central del imperialismo, por un lado, y por el otro del capitalismo del subdesarrollo, y entender cómo y por qué el modo de producción dominante funciona como lo hace actualmente y cómo se expresa en la estructura social, en las contradicciones fundamentales del sistema y en la lucha de clases. Hemos dicho que para transformar la realidad hay que conocerla. Pues bien, para conocerla hay que entregarse a la tarea de transformarla, pues sólo en la lucha, en el cotejo y la acción cotidianos para modificar las relaciones de fuerzas en favor de quienes buscan el cambio, en el intento de superar los más serios obstáculos y las más graves contradicciones, se puede conocer a fondo la realidad y actuar con éxito frente a los intereses sociales y políticos empeñados en preservar el actual orden de cosas.

La imperiosa necesidad de reforzar el trabajo teórico no significa, pues, que primero debamos redondear una teoría y luego enfrentarnos a los problemas prácticos. La teoría y la práctica no son dos fases sucesivas de un proceso que se desenvuelve linealmente; son dos ele-

mentos inseparables que se entrelazan e influyen recíprocamente y que sirven, uno al otro, de punto de apoyo. La ciencia social, cuyo objeto de estudio es siempre una realidad multiforme y cambiante, nunca será una ciencia completa, acabada, sino un cuerpo teórico en continuo proceso de cambio y de adaptación a nuevas condiciones históricas. Mas aun teniendo plena conciencia de ello, acaso los tropiezos recientes en la lucha revolucionaria latinoamericana han obedecido en parte a la falta de planteos teóricos rigurosos, que una ciencia social militante puede y debe formular.

¿Considera usted que una posible estrategia de independencia económica, pleno aprovechamiento de los recursos y superación de las características actuales del subdesarrollo, pueden ser posibles dentro de la organización social capitalista?

La pregunta de si es posible trazar una estrategia de desarrollo nacional independiente bajo el capitalismo, admite, en mi opinión, dos tipos de respuestas ligadas, a su vez, a las dos principales clases en que se descompone la sociedad en que vivimos. Si lo que se plantea es si podemos aspirar a que nuestros países se libren del atraso y del uso irracional de sus recursos bajo el actual sistema socioeconómico, la respuesta obligada por la razón, por el sentido común y por la experiencia histórica tiene que ser negativa. Si queremos, en cambio, saber si es o no necesario forjar sin demora una estrategia de lucha por la plena independencia, precisamente a partir de las condiciones de atraso y explotación que padecemos, la respuesta tendría que ser afirmativa, pues el advenimiento de una economía nacional independiente no implica cruzar una línea o barrera arbitraria o siquiera recorrer un proceso evolutivo y gradual de crecimiento, sino que es el resultado de una fase que culmina en la conquista del poder por el proletariado.

En otras palabras, si bien la burguesía sólo puede ofrecernos una retórica seudonacionalista, que frente al capitalismo anárquico de carne y hueso que conocemos, caprichosa y demagógicamente inventa la alternativa de un capitalismo independiente, racional y justo, ello no significa que las masas populares sean también incapaces de abrir el camino del progreso.

La plena utilización de los recursos productivos en Latinoamérica sólo podrá lograrse bajo el socialismo, cuando, naturalmente, el pueblo esté en el poder. Pero el pueblo no accederá al poder por herencia, por azares de la fortuna o por la acción inexorable de alguna ley natural. Las masas conquistarán el poder en la lucha política cuando tengan una estrategia justa, basada en una teoría revolucionaria que sea capaz de descubrir las contradicciones más graves sobre las que es necesario actuar. Y es a estas horas, precisamente a partir de hoy y

no en un futuro lejano e incierto cuando los trabajadores y sus organizaciones políticas de vanguardia deben, en la lucha diaria y no en el gabinete, empezar a forjar esa estrategia.

¿Cuál considera usted que debe ser el papel que le corresponde en los actuales momentos al científico social latinoamericano?

Ante el científico social latinoamericano se abren dos caminos que se separan cada vez más uno del otro: el de quienes se empeñan en preservar el capitalismo del subdesarrollo y el de quienes, convencidos de que este sistema no puede resolver los problemas fundamentales de nuestros pueblos, luchan por una transformación radical. Hasta ahora la mayoría de los economistas, sociólogos e historiadores, antropólogos y estudiosos de la ciencia política han tomado el primero de esos caminos, independientemente de que sus posiciones sean a veces abiertamente reaccionarias y, más a menudo, habilidosamente reformistas. Pero comienzan a surgir pequeños núcleos de investigadores heterodoxos cuyas contribuciones gozan ya de prestigio dentro y fuera de Latinoamérica.

¿Cuál debiera ser el papel de estos científicos? Aunque parezca ocioso subrayarlo, acaso la primera tarea a cumplir debiera ser la de empezar a crear una tradición científica propia, una escuela latinoamericana de trabajo intenso, estudio sistemático, rechazo de la improvisación, la pedantería, el diletantismo y la rutina; elevación de los niveles académicos y formación de disciplinas que ayuden a preparar investigadores jóvenes concientes de que la verdadera ciencia social no es un trampolín ni una escalera para asegurar éxitos fáciles, casi mezquinos, sino una palanca que puede contribuir grandemente a que nuestros pueblos vivan mejor.

Una segunda tarea que reclama la atención de los científicos de izquierda es la crítica a la teoría social burguesa. "Las ideas de la clase dominante son, en todas las épocas —escribían Marx y Engels hace más de un siglo—, las ideas dominantes." En efecto, las ideas que más circulan en nuestras universidades, en la mayor parte de los centros de estudio, en los partidos reformistas, en vastas porciones del movimiento obrero, y desde luego, en el gobierno, se basan en teorías y dogmas burguesas que los voceros de la clase en el poder tratan de convertir en supuestos ideales del pueblo.

Probablemente tendemos a menospreciar la significación de la crítica a las posiciones teóricas burguesas porque no hemos llegado a adquirir plena conciencia de su arraigo en nuestros círculos académicos. En muchas escuelas de Economía se sigue enseñando acriticamente a Keynes, a Samuelson e incluso a Marshall y los exponentes de la "economía del bienestar", como si se diera a los estudiantes a leer y

aprender de memoria un catecismo. El gusto por las fórmulas ha llegado a tales extremos que, a sabiendas de que poco o nada sirven para explicar los problemas básicos del subdesarrollo, no faltan los "expertos" que reducen la teoría del desarrollo a la presentación, casi siempre elemental y apologética, de una sucesión de modelos matemáticos divorciados de la realidad de la dependencia y el atraso. En cambio no se trabaja sobre Rosa Luxemburgo, Bujarin o Dobb, y aún se desconocen las principales aportaciones económicas de Lenin. Y lo mismo ocurre en otras áreas de la ciencia social, en las que se presta más atención a Talcott Parsons, a Rostow, a Merton, Lipset o el profesor Toynebee, e incluso a otros autores extranjeros de tercera y cuarta fila, que a los más serios científicos latinoamericanos.

Entre los sociólogos, en particular, se olvida con frecuencia que "la anatomía de la sociedad burguesa hay que buscarla en la Economía Política" y aún se advierte la contradicción reveladora de que, investigadores interesados en la problemática del cambio social, en vez de estudiar a fondo las relaciones de producción mismas o al menos de descansar en quienes reparan en problemas económicos propiamente estructurales, sustentan sus análisis en los esquemas superficiales, estáticos y fundamentalmente neoclásicos de los economistas más comprometidos con la burguesía, y que generalmente se limitan a importar, ya elaboradas —y a veces hasta invocadas—, las teorías en boga en los círculos académicos metropolitanos.

La ciencia política burguesa se vuelve cada vez más complaciente, y en lugar de preocuparse por los problemas que plantea la toma del poder y el tránsito del capitalismo al socialismo, despoja al estado de su contenido de clase, lo convierte en árbitro "imparcial", deviene una "ciencia de la conducta" que cae en un neutralismo convencional y escapista e inventa terceros caminos cuya inexistencia se encarga la historia, a cada momento, de comprobar.

La crítica sistemática de las teorías burguesas, el abierto rechazo de quienes hacen de la ciencia social un mero ejercicio gimnástico o una disciplina especulativa y supuestamente "pura", inaplicable a realidades históricas concretas y que incluso no debe ser contaminada por éstas; la denuncia de quienes intentan convertir la ciencia social en un oficio de dóciles remendones preocupados únicamente por parchar un viejo sistema; el repudio, en fin, de quienes piensan que el papel del científico social no es comprender ciertos fenómenos sino soslayarlos, son responsabilidades fundamentales que no puede evadir ningún intelectual honrado. Pero la crítica sería además, la auto-crítica: la revisión continua, la modificación y aún el abandono de las tesis e hipótesis propias que no encuentren apoyo en la realidad, así como el estudio metódico de problemas fundamentales que desborda el marco de la teoría convencional y que apenas empiezan a ser considerados por la nueva ciencia social.

La crítica científica no es una actividad puramente académica ni algo que sólo tenga que ver con las ideas: es también una forma de acción política que supone la fusión de la teoría y la práctica, el contacto estrecho con la realidad y con quienes se esfuerzan por transformarla. La ciencia social no puede divorciarse de la lucha social. Por eso tiene razón el profesor Bernal cuando señala que lo que hoy se requiere "...es menos técnicas elaboradas y más valor para atacar, antes que evadir, los problemas centrales."

En resumen, podría decirse que el papel más importante del científico social latinoamericano de vanguardia es estudiar y conocer a fondo la realidad del subdesarrollo, y contribuir a aplicar creadoramente a ella, como palanca de su transformación revolucionaria, los principios del marxismo-leninismo.

Esta tarea, que a alguien podría parecer modesta, es en realidad compleja, ambiciosa y no exenta de riesgos. El curso que están tomando las cosas en Latinoamérica, el auge del militarismo y los recientes golpes fascistas asestados por las fuerzas más reaccionarias de la burguesía local y extranjera en Bolivia, Uruguay y, hace apenas unos días, en Chile, son hechos que dramáticamente revelan que la decisión de contribuir, a través de la ciencia y la lucha, a transformar profundamente la sociedad en que vivimos, en el código del pentágono y los gorilatos latinoamericanos es ya un grave delito que se paga con la libertad y aun con la vida.

¿Cómo aprecia usted la actividad adelantada por los científicos sociales de su país en el estudio de la investigación concreta y el análisis de los problemas del subdesarrollo de su país?

No es fácil resumir y menos todavía evaluar, en unas cuantas líneas, la contribución de los científicos mexicanos al estudio específico del subdesarrollo del país. A partir de los años veinte y, sobre todo, de los treinta se han escrito numerosos ensayos económicos, sociales y políticos que ayudan a comprender el fenómeno del subdesarrollo y algunos de sus problemas más importantes. Hasta ahora, sin embargo, las investigaciones más comunes han sido aquellas que no rebasan el plano de la monografía o el nivel de la tesis de licenciatura. Dada la ausencia de una vida genuinamente democrática y la falta de interés en ventilar públicamente los problemas nacionales, la mayor parte de los estudios hechos en el sector gubernamental y con mayor razón, al amparo de la empresa privada nacional y extranjera, ha consistido en trabajos de corto alcance, desprovistos de enfoques propiamente teórico-históricos, a menudo esencialmente coyunturales y aun fruto de exigencias momentáneas, teñidos fuertemente de ideología burguesa y en los que el capitalismo, lejos de ser estudiado como

una formación socioeconómica concreta y cambiante, es visto como algo eterno e intocable y convencionalmente identificado con una economía "moderna" que desplaza, rápidamente, a la "tradicional."

En años más recientes —digamos los dos últimos decenios— se ha multiplicado el interés por los problemas del subdesarrollo, y aunque seguramente muchos aportes son todavía fragmentarios y no han cuajado en explicaciones teóricas definitivas, hay sin duda avances alentadores, especialmente entre los intelectuales de izquierda y, en general, progresistas, que de hecho son casi los únicos que trabajan en forma sistemática en tal vertiente y tratan de abrir nuevas brechas en la investigación socioeconómica. Aun en las corrientes más avanzadas, no obstante, se advierte a menudo la influencia de posiciones burguesas que, encubiertas en ropajes reformistas de diversa índole, pretenden hacerse pasar por posturas materialistas. Incluso hay pequeños grupos que se ubican en un ambiguo "neomarxismo" y aun caen en un extraño "marxologismo", desde la cual afianzan sus carreras profesionales, sirven al *establishment* y sospechosamente, se muestran más críticos de la izquierda militante que de la propia burguesía y el capitalismo.

Aún así, repito, hay progresos innegables en la investigación, que en general descansan en el estudio del marxismo, en el conocimiento cada vez más directo de la realidad nacional y en el aprovechamiento del valioso legado que representa el esfuerzo de muchos mexicanos que a través de ensayos, artículos, discursos y otras formas de expresión y acción política han participado en las mejores luchas del pueblo mexicano.

¿Cuáles son los temas a su parecer más importantes que deben ser motivo de estudio por parte de los científicos sociales de América Latina?

Podría hacerse una larga lista y aún así, meramente enunciativa, de temas cuyo estudio justificaría la atención de los científicos sociales de nuestros países. Por lo que hace tan sólo a los economistas, y sin que esta taxativa signifique que se trata de temas que no puedan ser provechosamente estudiados por quienes trabajan en otras áreas de la ciencia social, o bien objeto de investigación interdisciplinaria, cabría mencionar algunas cuestiones tales como las siguientes:

- Evaluación crítica de la estadística económica disponible y formulación de instrumentos de análisis cuantitativos idóneos para el estudio de la problemática estructural del subdesarrollo;
- Formas y condiciones históricas en que el capitalismo adviene el modo de producción dominante en cada uno de nuestros países;

- Significación, papel histórico, causas de la persistencia y posibilidades de destrucción de ciertos residuos precapitalistas bajo el capitalismo del subdesarrollo;
- Aspectos y contradicciones fundamentales del desarrollo capitalista en la agricultura latinoamericana;
- Formas que, bajo el capitalismo del subdesarrollo, adoptan el mercado interno y el proceso de acumulación, y por tanto de concentración y centralización del capital;
- Formas principales de operación de la ley del desarrollo desigual en el subdesarrollo latinoamericano;
- Teoría del intercambio desigual y del desarrollo desigual;
- La ley del valor en una economía atrasada, en la etapa histórica del imperialismo;
- Papel del capitalismo de estado y del capitalismo monopolista de estado en la economía del subdesarrollo;
- Principales fases del imperialismo y carácter de la dependencia, la acumulación de capital y la estructura de clases en cada una de ellas;
- Nuevas formas y mecanismos de integración económica del capital monopolista e intentos de integración regional de la burguesía latinoamericana;
- Principales factores que tienden a agravar, por un lado, y por el otro a mitigar las contradicciones del capitalismo latinoamericano;
- El problema del empleo, el desempleo y el subempleo, y el proceso de acumulación de capital;
- Niveles de productividad, tasas de explotación y salarios;
- Patrones de consumo, acumulación de capital y subdesarrollo;
- Deformaciones estructurales de la oferta y la demanda en una economía subdesarrollada;
- Dependencia y desequilibrios económicos fundamentales;
- Inversión extranjera, dependencia tecnológica y obstáculos que plantea la selección de técnicas bajo un capitalismo dependiente;
- Factores determinantes de la dilapidación del excedente económico en América Latina;
- La inflación, sus causas y consecuencias, y la evaluación crítica tanto de las explicaciones monetaristas ortodoxas como de la versión "estructuralista" de la CEPAL;
- Crítica a las reformulaciones "neoneoclásicas" y a los intentos de adoptar, dentro del marco conceptual de las teorías marginalistas del capital y la distribución, una política de desarrollo;

- Patrones de distribución de la riqueza y el ingreso nacionales e intentos de modificarlos a través de medidas financieras e inocuos ajustes institucionales;
- Regresividad económica y social de la política burguesa de desarrollo;
- Principales fallas y desajustes de una industrialización sustitutiva de importaciones;
- Reformismo e intentos de programación económica de algunos gobiernos latinoamericanos;
- Evaluación en torno a las principales posiciones teóricas de la CEPAL;
- Principales aportes para una reinterpretación teórica del subdesarrollo latinoamericano;
- Problemas económicos fundamentales de la lucha por el poder y de la fase de transición del capitalismo de estado al socialismo.

¿Cree usted que ya existan en América Latina órganos de divulgación científica empeñados en propiciar la formación de teorías para la estrategia de nuestro desarrollo?

Sin el ánimo de menospreciar los intentos, por muchos conceptos encomiables y a veces realmente ejemplares y dignos de emulación, que en los últimos años se han puesto en marcha para crear publicaciones y mecanismos de intercambio que permitan a los científicos sociales latinoamericanos comunicarse entre sí y con auditorios cada vez más amplios dentro y fuera del subcontinente, tengo la impresión de que los medios de que se dispone son todavía muy modestos e insuficientes, sobre todo si no se incluyen ciertas publicaciones que, más que tribunas abiertas al diálogo y el debate propiamente científico, parecen ser fortalezas casi impenetrables, que exclusiva o casi exclusivamente se dedican a propagar posiciones burguesas.

O en otras palabras, abundan, o al menos son ya importantes las formas de publicidad al alcance de instituciones gubernamentales y de unos cuantos centros de investigación, a menudo patrocinados por grandes empresas nacionales y, sobre todo, transnacionales. Seguramente muchos de esos centros e instituciones cuentan con revistas especializadas que aparecen con regularidad, y aún tienen fácil acceso a la radio, la televisión y la prensa comercial. Pero la misión de tales organismos no es formular nuevas teorías ni usar la ciencia social como un instrumento de análisis crítico de la sociedad en que vivimos, sino, antes al contrario, defender las viejas posiciones teóricas y contribuir a preservar el *status*. Por esto, precisamente, los medios de que disponen son cada vez mayores y mejores.

En cambio, los grupos, todavía muy pocos y pequeños en los que se trabaja empeñosamente en la búsqueda de nuevas y más rigurosas explicaciones del proceso socioeconómico latinoamericano, viven casi siempre en condiciones precarias, carecen de recursos financieros para sostener y mejorar su propios órganos de difusión y no tienen fácil acceso a los ajenos, lo que de hecho resulta en publicaciones de escasa circulación, que a menudo aparecen sin la regularidad con que deberían hacerlo, y en mecanismos de intercambio también modestos e ineficaces, que ni siquiera permiten el contacto estrecho entre investigadores de países vecinos, mucho menos con los del otro extremo de la región, o los de otros continentes.

¿Le asigna usted a la Universidad y a otros organismos de investigación algún papel en la búsqueda de una autenticidad ideológica, cultural y científica?

Las universidades y los centros de investigación no son, como algunos parecen creerlo y aún quererlo, compartimentos estancos ni torres de marfil que puedan vivir al margen de las luchas de nuestros pueblos. Son entidades abiertas, a veces incluso desgarradas por esas luchas, y en las que en planos científicos e ideológicos se debaten esencialmente las mismas cuestiones que en la calle, en el gobierno, los sindicatos y los partidos políticos. La Universidad, en nuestros países, tiene la misión fundamental de formar los cuadros técnicos e intelectuales que la clase en el poder requiere para impulsar el desarrollo capitalista y obtener, de este proceso, los mayores beneficios posibles. En ella predomina, por tal razón, una ideología burguesa que informa los métodos de enseñanza y los sistemas de investigación, las concepciones de la sociedad y de la ciencia, los programas de estudio, el carácter de la mayor parte de sus medios de difusión, las formas de gobierno universitario, los planes de becas y los mecanismos de intercambio académico, y las relaciones con el estado y la empresa privada. Pero aunque esa ideología es la dominante incluso en los campos supuestamente neutros en que no caben los "juicios de valor", a medida que sectores cada vez más amplios del pueblo cobran conciencia de la necesidad y del derecho que tienen a educarse, a medida que millares de jóvenes procedentes de la pequeña burguesía y aún del proletariado se politizan y comprenden mejor lo que realmente puede y no puede ofrecer a nuestros pueblos un capitalismo deforme y dependiente, a medida, en fin, que ciertas universidades se vuelven el reducto de intelectuales progresistas que no encuentran cabida en otras instituciones públicas ni privadas, el frente universitario, en donde las formas de control, coacción y represión habituales suelen no ser tan rígidas o al menos no operan con la misma eficacia que en otros organismos, se convierte en uno de los principales escenarios de la

lucha ideológica y, dada la ausencia de mejores instrumentos, aun de lucha política.

Sería un error desdeñar y aún subestimar lo que en tales condiciones puede hacerse en la Universidad para fortalecer, sobre todo en el terreno ideológico, la lucha revolucionaria. Pero también lo sería —y acaso más grave— no comprender que, incluso en ese terreno, las batallas decisivas habrán de librarse y tendrán que ganarse fuera de la Universidad.